

VIII.

Al día siguiente no hallé tampoco quien me llevase á Madrid; pero descando vivamente saber de Inés y curioso por oír de sus propios labios si era verdad ó mentira la bienaventuranza que le habían ofrecido los Requejos, determiné marcharme á pié, lo cual, si no era muy cómodo, era más barato: D. Celestino y yo hablábamos de esto, cuando Lopito entró á buscarme.

—Esta noche—me dijo al bajar la escalera—tendremos fiesta. No lo digas ni á tu camisa Gabrielillo. Pues verás... aquel papelote que escribió ayer el rey en una farsa. Bien decía yo que D. Carlitos, con su carita de Pascua, nos está engañando.

—¿De modo que hay viaje?

—Tan cierto como ahora es día. Pero como no queremos que se vayan, porque esto es enjuague de Napolón con Godoy para luego repartirse á España entre los dos, como no queremos que se vayan, el viaje se prepara oculta-mente para esta noche. Si fuera verdad que no pensaban salir, ¿por qué no se ha retirado la tropa? ¿Por qué ha venido más tropa y más tropa, y más tropa? ¿Ves? Ahora está entrando un batallón por la calle de la Reina,

Confieso que á mi no me importaba gran cosa que saliese un batallón ó entraran ciento, ni tampoco me ponía en cuidado el que mi señor D. Carlos se marchara á Andalucía ó adonde mejor le conviniese. Así se lo manifesté á mi amigo; pero hallándose el alma de Lopito inundada de generoso entusiasmo, por *el bien del reino*, me hizo ver que mi indiferencia era censurable y hasta criminal. Largas horas pasamos discuriendo por el pueblo y matando el tiempo con amenas conversaciones. El se empeñó en llevarme á la taberna, y á la taberna fuimos. La concurrencia, era la misma aunque el panorama de caras había variado, viéndose entre ellas la de Santurrias, que no era la menos animada. También estaba allí muy macilento y mediatibundo, con los agnjereados codos sobre la mesa, el poeta calagurritano que dos años antes capitaneaba la turba de silbantes en el estreno de *El si de las niñas*, y con él libaba el néctar de Esquivias en el mismo vaso otro de los dioses del Olimpo Comellesco, el famoso Cuarta y Media, calderero y poeta. ¡Pobres hijos de Apolo!

El pinche me dijo que todos aquellos personajes habían venido de Madrid traídos por los confeccionadores de la conjuración, y añadió:

—Esto para que se vea que también toman parte los hombres que se llaman *científicos*.

No puedo menos de decir que toda aquella gente me repugnaba, y en cuanto á sus intenciones y propósitos, todo me parecía absurdo sin explicarme por qué.

—¡Estúpidos!—decía para mí,—¿pensáis que semejante gatería es capaz de quitar y poner reyes á su antojo?

Pero en la noche de aquel mismo día fué cuando pude medir en toda su inexplorada profundidad el abismo de ignorancia y fanatismo de aquel puñado de revolucionarios. No hallando otro alivio á mi aburrimiento que la asistencia á la taberna en compañía de Lopito, en cuanto cerró la noche procuré tranquilizar á D. Celestino y me fui allá. Lopito, que me aguardaba con impaciencia, me dijo al verme á su lado:

—Me alegro de que hayas venido, pues con eso no perderás lo mejor. Aquí está reunida toda la gente, y después... después veremos.

La taberna del tío Malayerva estaba llena de bote en bote, y también disfrutaba el honor de una desmesurada concurrencia, un patio interior destinado de ordinario á paradero y taller de carretería. No puedo haceros formar idea de la variedad de trajes que allí ví, pues creo que había cuantos han cortado la historia, la costumbre y el hambre con su triple tijera.

Veíanse muchos hombres envueltos en mantas, con sombrero manchego y abarcas de cuero; otros tantos cuyas cabezas negras y redondas adornaba un pingajo enrollado, última gradación de turbante oriental; otros muchos calzados con la silenciosa alpargata, ese pie de gato que también cuadra al ladrón; muchos con chalecos botonados de moneditas, se ceñían la faja morada, que parece el último girón de la bandera de las comunidades; y entre esta mescolanza de paños pardos, sombreros negros y mantas amarillas, se destacaban multitud de capas encarnadas cubriendo cueros de las Vistillas, del Ave María, del Carnero, de la Paloma, del Aguila, del Humilladero, de la Arganzuela, de Mira el Rio, de los Cojos, del Oso, del Tribulete, de Ministriales, de los Tres peces, y otros célebres *faubourgs* (permítansenos la palabrota) donde siempre germinó al beso del sol de Castilla la flor de la granjería.

En cuanto á la variedad de las voces nada puedo decir porque todos hablaban á un tiempo. Pero al fin de aquella reunión, como en todas las de igual naturaleza, resonó, una voz para dominar á las demás. La multitud sabe á veces callar para oír, sin duda porque se marca con sus propios gritos, y algunos de los presentes dijeron: «que hable Pujitos,» y al instante Pujitos, cediendo á los reiterados ruegos de sus *amigos políticos* (dispensadme este anacronismo,) salió al patio, por no tener la taberna capacidad para tan grande auditorio, y subió á la tribuna, es decir, á un tonel,

Pujitos era lo que en los sainetes de Don Ramón de la Cruz se señala con la denominación de *majo decente*, es decir, un majo que lo era más por afición que por clase, personaje sublimado por el oficio de obra prima, el de carpintero y el de platero, y que no necesitaba vender hierro viejo en el Rastro, ni acarrear agua de las fuentes suburbanas, ni cortar carne en las plazuelas, ni degollar reses en el matadero, ni vender aguardiente en *Las Américas*, ni machacar cacao en Santa Cruz, ni vender torrados en la verbená de San Antonio, ni lavar tripas allá por el portillo de Guilmón, ni freir buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni menos se degradaba viviendo holgadamente á espensas de ninguna mondonguera, ó castañera, ó de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. Pujitos estaba con un pié en la clase media; era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia á las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguía de los famosos Tres Pelos, el Ronquito, Majoma, y otras notabilidades de las que frecuentemente salían á visitar las cortes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

Pujitos era español, y como es fácil comprender, tenía su poco de imaginación, pues alguno de los granos de sal pródigamente esparcidos por mano divina sobre esta tierra, había de caer en su cerebro. No sabía leer, y tenía ese don particular, también español neto, que consiste en asimilar, se fácilmente lo que se oye; pero exagerando ó trasformando de tal manera las ideas, que las repudiaría elmismo que por primera vez las echó al mundo. Pujitos era además bullanguero; era de esos que en todas épocas se distinguen, por creer que los gritos públicos sirven de alguna cosa; gustaba de hablar cuando le oían más de cuatro personas, y tenía todos los marcados instintos del personaje de club, pero como entonces no había tales clubs, ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que Pujitos en-

trara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades. Setenta años más tarde, Pujitos hubiera sido un zapatero suscripto á dos ó tres periódicos, teniente de un batallón de voluntarios, vicepresidente de algún círculo propagandista, elector diestro y activo, vocal de una comisión para la compra de armas, inventor de algún figurín de uniforme; hubiera hablado quizás del *derecho al trabajo* y del *colectivismo*, y en vez de empezar sus discursos así «*Jeñores: denque los güenos españoles.....*» los comenzaría de este otro modo: «*Ciudadanos: á la raíz de la revolución.....*»

Pero entonces no se había hablado de los derechos del hombre, y lo poco que de la soberanía nacional dijeron algunos, no llegó á las tapiadas orejas de aquel personaje; ni entonces había asociaciones de obreros, ni derechos al trabajo, ni batallones de milicia, ni gorros encarnados; ni había periódicos, ni más discursos que los de la Academia, por cuyas razones Pujitos no era más que Pujitos.

De pie sobre el mostrador, con la capa terciada, el sombrero echado sobre la ceja derecha, aquel personaje, hombre pequeño de cuerpo, si bien de alma grande, morenito, con sus ojuelos brillantados por los vapores que le subían del estómago, habló de esta manera:

—Jeñores: denque los güenos españoles golvimos en sí, y vimos quese menistro de los dimonios tenía vendió el reino de Napolión, resolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle como estemos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando, y que naa más sino que nos han de poner al Principe de Asturias, para que el pueblo contento diga, *el Kirie eleyson* cantando, «¡Viva el príncipe Fernando!» (*Fuertes gritos y patadas.*) Ansina se ha de hacer, que interin quel otro se guarda el dinero de la Nación, el pueblo no come, y Madrid no quiere al menistro, con que, ¡ajuera el menistro, que aquí semos toos españoles, y si quieren verlo, úrguennos un tantico y verán do tenemos las manos. (*Señales de asentimiento.*) Pos sigo

iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdido, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hemos de ecirle al rey que le mande á presillo y que nos ponga al Principe Fernando, á quien por ésta (y besó la cruz,) y juro que le esfenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos Jeñores: estamos ya hasta el gañote y ahora no hay naa más sino dejarse de pedricar y coger las armas pacabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:

El *Kirie eleyson* cantando,
¡Viva el Principe Fernando!

Un alarido, un colosal balido resonó en la taberna, y el orador bajó de su escabel. Mientras limpia el sudor de su frente coronada con los laureles oratorios, la moza de la taberna se acerca á escanciarle el vino. ¿Es Hebe, la gellarda copera de los dioses, que vierte el néctar de Chipre en el vaso de oro del joven de los rubios cabellos, al regresar de la diurna carrera? No: es Mariminguilla, la ninfa de Perales de Tajuña, á quien trajo desde las riberas de aquel florido rio el Sr. Malayerba, dándole el cargo de escanciadora mayor, que desempeña entre pellizcos y requiebros.

Lopito, que tiene con ella alguna aventura pendiente, la llama, la pellizca también, dicele mil niñerías... pero á todas éstas la multitud que ocupa la taberna se levanta obedeciendo á la orden de un hombre que allí se presentó de improviso. Salieron todos, y no queriendo perder el final de una función que parecía ser divertida, les sigui.

—Silencio todo el mundo—dijo una voz, perteneciente, según comprendí, á persona resuelta á hacerse obedecer; y la turba se puso en marcha con cierto orden. La noche era obscurísima, pero serena.

—¿A dónde vamos, Lopito?—pregunté á mi compañ ro.

—A donde nos lleven—me contestó por lo bajo.—¿A que no sabes quién es ese que nos manda?

—¿Quién? ¿Aquel palurdo que va delante con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas; que se para á

ratos, mira por las bocacalles y se vuelve hacia acá para mandar que callen?

—Si; pues ese es el señor conde del Montijo. Conquefigúrate, chiquillo, si no podemos decir aquel refrán..... cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia.



IX

El grupo recorrió algunas calles, y uni6se á otro más numeroso que encontramos al cuarto de hora de haber salido. Lopito, señalándome las tapias que se veían en el fondo del largo callej6n, me dijo:

—Aquellas son las cocheras y la huerta del Príncipe de la Paz.

Pasamos de largo, y vimos de lejos las dos cúpulas del palacio. Cerca del mercado se nos unieron otras muchas personas que, según Lopito, eran cocheros, palafraneros, piaches, mozos de cuadra y lacayos del infante D. Antonio y del Príncipe de Asturias.

—Pero ¿qué vamos á hacer aqui?—pregunté á mi amigo.—¿Vamos á impedir que los reyes salgan del pueblo, ó vamos simplemente á tomar el fresco?

—Eso lo hemos de ver pronto—me contestó.—Yo, si he de decirte la verdad, no sé lo que se ha de hacer, porque Salvador el cochero no me ha dicho más sino que vaya donde van los demás y grite lo que los demás griten. Ves, ahí frente tenemos el palacio: no hay luces en las ventanas ni se oye ruido alguno, como no sea el de las ranas que caen en los charcos del río.

La voz del que nos mandaba dijo «alto» y no dimos un paso más.

—Es raro— dije á Lopito en voz muy queda,— que no hallamos encontrado centinelas que nos detengan; ni siquiera una ronda de tropa que nos pregunte á donde vamos á estas horas.

—¡Necio!—me contestó.—¡Si sabrá la tropa lo que es pescar! ¿Pues qué hacen ellos si no estarse quietecitos en sus cuarteles esperando á que les digan: esto se acabó?

Dime por convencido y callé. Durante un rato bastante largo no se oyó más que el sordo murmullo de diálogos sostenidos en voz baja, algunos sordos ronquidos, sofocadas toses, y á lo lejos el canto de las discutidoras ranas y el rumor de leves movimientos de aire sacudiendo las ramas de los olmos que empezaban á reverdecer. La noche era tranquila, triste, impregnada de ese perfume extraño que emiten las primeras germinaciones de la primavera: el cielo estaba tachonado de estrellas, á cuya pálida claridad se dibujaban las espesas y negras arboledas, la silueta cortada del Real Palacio, y más allá la figura del Antro de mármol levantado del suelo por Hércules en el grupo de la fuente monumental que limita el llamado *Parterre*. El sitio y la hora eran más propios para la meditación que para la asonada.

De improviso, aquel silencio profundo y aquella obscuridad intensa se interrumpieron por el relámpago de un fogonazo y el estrépito de un tiro que no sé de dónde partió. La turba de que yo formaba parte lanzó mil gritos, disparándose en todas direcciones. Parecía que reventaba una mina, pues no á otra cosa puedo comparar la erupción de todo aquel rencor contenido. Todos corrían, yo corría también.

Lucieron antorchas y linternas, se alzaron al aire nudosos garrotes: muchas escopetas se dispararon, oyose un son vivísimo de cornetas militares, y una multitud de piedras, despedidas por manos muy diestras, fueron á despe-

dazar, produciendo horribles chasquidos, los cristales de una gran casa. Era la del Príncipe de la Paz.

La historia dice que el tumulto empezó porque la multitud se empeñó en conocer á una dama encubierta, que, acompañada de dos guardias de honor, salía en coche de casa del generalísimo. Aseguran algunos que en una de las ventanas del Palacio se vió una luz, considerarla como señal para empezar la gresca.

Del tiro y toque de corneta no tengo duda, porque los oí perfectamente. En cuanto á la luz, yo no la vi, pero creo haber oído á Lopito que él la vió, aunque no estoy muy seguro de ello. Poco importa que pereciera ó no: lo primero es, si no cierto, muy verosímil, porque el centro de la conjuración estaba en el alcázar, y los principales conspiradores eran, como todo el mundo sabe, el Príncipe de Asturias, su tío, su hermano, sus amigos y adláteres, muchos gentiles hombres, altos funcionarios de la casa del Rey y algunos ministros.

Los alborotadores se multiplicaban á cada momento, pues nuevas oleadas de gente engrosaban la masa principal, sin que un soldado se presentase á contener al paisanaje. No tardó en caer al suelo, destrozada por repetidos golpes y hachazos, la puerta del Palacio del Príncipe de la Paz, cuyo nombre pronunciaba el irritado vulgo entre horribles juramentos y amenazas.

La turba es siempre valiente en presencia de estos idolos indefensos, para quienes ha sonado la hora de la caída. Tienen éstos en contra suya la fatalidad de verse abandonados de improviso por los amigos tibios, por los servidores asalariados y hasta por los que todo lo deben al infeliz que cae; de modo que á las manos del odio justo ó injusto, se unen para rematar la víctima las manos de la ingratitud, el más canalla de todos los vicios. Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente ó inspirada por un estro divino, y después se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caídas

repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen su manubrio interior, manejado por manos más expertas que las del vulgo.

Cuando la puerta de la casa se abrió, precipitose la turba en lo interior, bramando de coraje. Su salvaje resoplido me causaba terror é indignación, mayormente cuando consideré que iba á saciar su sed de venganza en la persona de un hombre indefenso. Era aquella la primera vez que veía al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez.

A los gritos de «¡Muera Godey!» se mezclaban preguntas de feroz impaciencia: «¿Le han cogido?» «¿Le han matado?» Todos querían entrar; pero no era posible, porque la casa estaba ya atestada de gente. Desde fuera, y al través de los balcones de par en par abiertos, se veía el resplandor de las hachas: siniestros gritos y ruidos de muebles ó vasos que se quebraban bajo las garras de la fiera, salían de la casa á mezclarse con el concierto exterior. En un instante se encendió una gran hoguera que iluminó la calle: las campanas de todas las iglesias y conventos del pueblo tocaban sin cesar; pero no podía definirse si aquellos tañidos eran toques de alarma ó repiques de triunfo.

—Gabriel, ¿no te entusiasmas? ¿Qué haces ahí tan friete? Ven, subamos al Palacio. Alguna vez ha de ser para nosotros. ¿No dicen que todo lo ha robado á la Nación?

Casi arrastrado por mi joven amigo entré en el Palacio y subí á las habitaciones altas, habriéndonos paso por entre los energúmenos que bajaban y subían. Recorri todas las salas por las cuales había transitado dos días antes, llegué al mismo despacho del Príncipe, y ví la mesa donde escribí mi nombre. La multitud subía y bajaba, abría alacenas, rompía tapices, volcaba sofás y sillones, creyendo encontrar tras alguno de estos muebles al objeto de su ira: violentaba las puertas á puñetazos; hacía trizas á puntapiés los biombos pintados, desahogaba su indignación en inocentes vasos de China; esparcía lujosos uniformes por el

suelo, desgarraba ropas, miraba con estúpido asombro su espantosa faz en los espejos, y después los rompía; llevaba á la boca los restos de cena que existían aún calientes en la mesa del comedor; se arrojaba sobre los finos muebles para quebrarlos, escupía los cuadros de Goya, golpeaba todo por simple placer de descargar sus puños en alguna parte; tenía la voluptuosidad de la destrucción, el brutal instinto tan propio de los niños por la edad como de los que lo son por la ignorancia; rompía con fruición los objetos de arte, como rompe el rapaz en su despecho la cartilla que no entiende: y en esta tarea de exterminio, la terrible fiera empleaba á la vez, y en espantosa coalición, todas sus herramientas, las manos, las patas, las garras, las uñas y los dientes, repartiendo puñetazos, patadas, coces, rasguños, dentelladas, testeretazos y mordiscos.

La rabia del monstruo aumentó cuando corrieron de boca en boca estas frases: «No está ese perro.» «El endino se ha escapao.» Efectivamente, el Príncipe no parecía por ninguna parte, de lo cual me alegré.

Cuando la turba no puede saciar su hambre de destrucción en el objeto humano de su rencor, suele darse el gusto de tomar venganza en los cuerpos inocentes de los muebles que á aquél pertenecieron. Así ha ocurrido en todos los motines de nuestro repertorio, y así ocurrió en aquél, más que ninguno famoso, por las diversas causas que lo ocasionaron. Convencidos, pues, los conjurados de que no habrían á las manos ni un pelo del Príncipe de la Paz, concibieron el heroico pensamiento de quemar todas las preciosidades del palacio recién saqueado.

Con gozo sin igual, con la embriaguez del triunfo y la conciencia de su fuerza irresistible, comenzaron los nuevos huéspedes del palacio á arrojar por los balcones sillas, sofás, tapices, cuadros, candelabros, espejos, ropas, papeles, vajillas y otros mil perversos cómplices de la infame política de Godoy. La fiera cumplía este cometido con cierto orden, sin dejar de decir: «¡Muera ese turante, ladrón!» y «¡Viva el rey, viva el Príncipe de Asturias!»

Pero antes de que empezara esta operación, y cuando los exploradores se convencieron de que el Príncipe había huido, la Princesa de la Paz, que estaba entonces oculta, se presentó pidiendo socorro, é implorando la compasión de la multitud. El miedo hacía temblar á la infeliz señora, lo mismo que á su hija, niña de corta edad que con ambos puños en los ojos lloraba sin consuelo.

No sé si los ruegos de la madre y de la hija ablandaron á los amotinados, ó si las personas de categoría que dirigían la fiesta determinaron poner en salvo con todo miramiento y consideración á la infeliz princesa; lo cierto fué, que lejos de maltratarla de obra ó de palabra, sacáronla de la casa y puesta en una berlina fué llevada en *ca el palacio* de los reyes, como decía Pujitos, quien sin que nadie se lo ordenara, se encargó de tan caballeresca comisión.

Ustedes comprenderán que todo lo que fuese figurar en primer término agr: daba á Pujitos, así es que si se reunía un pelotón para marchar á cualquier parte, allí estaba él para mandarlo, complaciéndose en decir: «Marchen, media güelta á la izquierda» con tanta marcialidad como un coronel de guardias walonas. No me cansaré de repetirlo. Pujitos tenía en su cráneo entre un lobanillo y un chichón, la protuberancia (¿cómo lo diré? ... la protuberancia de la *tenientividad*). Como Napoleón el genio de la guerra, poseía él el instinto de la milicia nacional, y los hados le permitieron gozar el mando de varias compañías en los años de jarana del 20 al 23 y aún posteriormente.

Cuando los infatigables trabajadores del motin comenzaron á arrojar por ventanas y balcones los muebles del palacio, Lopito, que llevaba á cuestas una maravillosa obra de porcelana, producto de los talleres de la Moncloa, se llegó á mí y dijome:

—Gabrielillo, cuidado como coges nada. El *tio Pedro*, que está allí observando lo que hacemos, tiene en la mano una pistola y dice que levantará la tapa de los sesos al que robe cualquier chuchería. No es el único gran caballero que

está entre nosotros. Ves aquel hombre vestido de majo que está dando de patadas á un retrato de cuerpo entero? Pues es un gentil hombre del cuarto del Príncipe. ¿Ves? ya pasó el pie del otro lado de la tela ¡Al fuego, al fuego!

La hoguera, alimentada con tanto combustible, subía á enorme altura, y las llamas oscilantes il minaban de un modo pavoroso la calle toda, y también el interior del palacio. parecíamos los ciclopes de una inmensa fragua; y digo parecíamos, porque yo también, temiendo que mi falta de entusiasmo fuera sospechosa y me proporcionase algún porrazo, puse manos á la obra, y cogiendo una armadura, en cuyo peto y casco se veían batallas microscópicas trabajadas por finísimo cincel, di con ella en la calle y en la hoguera. Ni por un momento cesaban los gritos de «muera Godoy!» y sin duda querían matarlo á voces ya que de otra manera les fué imposible conseguirlo. Pero es de advertir que entre nosotros es muy común el intento de arreglar las más difíciles cuestiones mandando vivir ó morir á quien se nos antoja, y somos tan dados á los gritos que repetidas veces hemos creído hacer con ellos cosa alguna.

Y no sé si los asaltadores de la casa del Príncipe de la Paz creían estar quemando algo más que muebles muy finos y primorosas obras de arte; pero por lo que en boca de alguno de aquellos héroes oí, se me figura que ellos estaban convencidos de que hacían un gran papel político, de que con la llama de los espinos y de los brezos, sin cesar, alimentada por ébanos tallados y bordadas telas, estaban cauterizando las más feas llagas de la doliente España. ¡Ay! He presenciado después la misma escena repetida cada pocos años ya por esta idea, ya por la otra, y he dicho: «Algunas veces puede conseguirlo la espada en manos de un hombre de genio, pero el fuego en manos del vulgo, jamás.»

Tras la armadura cogí un reló de bronce, y al llevarlo sobre mí sentía el palpitar de su máquina. El pobrecillo andaba, vivía; aquel artificio que tanto se parece á un sér animado, aquella obra de los hombres que parece una obra

de Dios y que ha sido inventada por la ciencia y adornada por las artes para uno de los más útiles empleos de la vida, iba á perecer á manos del hombre mismo, sin haber cometido más crimen que el de marcar las horas. . . . ¿Pero á qué vienen estas consideraciones hechas ante la hoguera del rencor? Aunque me daba lastima del relojito, y lo estrechaba contra mi pecho escuchando su latido que iba á extinguirse, arrojelo al fin, y las mil piezas de su máquina ingeniosa repercutieron sobre el suelo. Al reloj siguieron cuantas baratijas encontré á mano, entre ellas guantes perfumados, un estuche de marfil, pequeñas estatuas de alabastro y después unos mapas del Asia, libros lujosamente encuadernados que sin duda los muy necios se creían libres de la Inquisición, unas pantuflas, cuatro casacas con galones de plata y oro y el pupitre en que dos días antes se había extendido mi recomendación. ¡Fortuna, vil prostituta, por qué te invocan los hombres!



X

Cuando revolvía uno de los armarios aparecieron varias cruces; pero algunos de los presentes ni aun me permitieron tocarlas, y pusieronlas todas en una bandeja de plata, para entregarlas, según decían, al Rey en persona. Lo más singular de la determinación de aquellos cortesanos tiznados con el hollín de la demagogia, era que disputaban sobre quién debía llevarlas, pues ninguno quería ceder á los demás semejante honor. Uno de ellos venció al fin; y no quisiera equivocarme, pero me pareció reconocer al señor de Mañara.

Con el crecer de la llama parecía que cobraban nuevos bríos los quemadores, si bien puede atribuirse este fenómeno á que algunos zaques dieron vuelta á la redonda, humedeciendo los secos paladares, y alegrando los ánimos que un trabajo tan penoso como patriótico había comenzado á abatir. Creí oír la voz de Pujitos obligado nuevamente por sus *amigos políticos* á tomar la palabra; pero no, era Santurrías, que teniendo en la izquierda la bota y en la derecha mano un leño encendido, pronunciaba sentidas frases en loor del pueblo y del Rey, ambos en buen amor y compañía, para bien del *reino*; y añadía que el *endino* Principe de la